

cepto cristiano de la fraternidad universal, sintetizada en sus palabras: "Amos los unos a los otros", etc.

A pesar de las fechas en que expiden estos documentos en los mismos no hay menciones a la Revolución Rusa, pero sí implican cierta recepción del anarco-sindicalismo porque aceptan que "Los obreros industriales deben organizarse en sindicatos de producción para explotar por sí mismos las industrias en manos de los magnates del capitalismo" (sic).

Dos observaciones. En México esta apelación al ideario religioso cristiano tiene muchos antecedentes en el siglo XIX. Así la famosa Ley del Pueblo (1878) del Coronel Alberto Santa Fé, se abre con la frase "Conoced la verdad y la verdad os hará libres", y al iniciarse el articulado se dice "En nombre de Dios y del Pueblo Mexicano" (sic) (10).

En otra dimensión cabe anotar que Mendoza López Schwerdiferger, es autor de algo más de doce folletos, desde sus comienzos en el magonismo, pasando por la Convención de Aguascalientes de 1914 hasta sus últimos años en Durango, donde reivindica "la república social del trabajo basada en los valores positivos humanos" (1938), que no se contradice con su defensa del pueblo español y el repudio de la rebelión militar fascista de 1936 (11), lo mismo -por lo demás- que el citado escritor chileno, Augusto D'Halmar en su país.

Del tolstoianismo sacarán los anarquistas en toda América argumentos en sus famosas polémicas de principios del siglo XX contra los curas católicos.

El maestro Enrique Muila, que ejercía en la localidad hondureña de Olanchito en 1907 polemiza con el Rector del Seminario de Tegucigalpa padre José Nieborowsky, después de citar a Bakunin, Kropotkin, Reclús y Malatesta, le dice: "vosotros sacerdotes de la Iglesia Católica habéis hecho de vuestro Dios un monstruo tal que ningún hombre de sana razón y de sano corazón lo aceptaría". El sacerdote, al contestarle, le llamaba despectivamente a Muila "el anarquista o el tolstoyito" de Olanchito (sic) (12).

El interés por Tolstoi y sus ideas llega en ciertos países latinoamericanos en forma indirecta, y por conductos insólitos. En el caso del escritor también hondureño Staniel Rosales (1884-1926) sabemos que se informa del maestro ruso a través de la obra de Guyau, La educación y la herencia, pero no por eso deja de tenerle menor admiración (13).

Rosales ilustra sobre una actitud frecuente en los tolstoianos latinoamericanos (y posiblemente entre los de otras latitudes), y es su comportamiento con la revolución rusa de 1917. Estos admiradores del pueblo ruso y de sus luchas contra la autocracia zarista fueron en principio inmunes a la atracción bolchevique y repudiaron el leninismo. Rosales dice en 1922, nada menos, que lo siguiente: "El bolchevismo (sic) no ha resultado en Rusia ni en parte alguna, y que Nicolás Lenín su profeta, después de su estruendoso fracaso se ha convencido de la inutilidad de su credo, y ha decidido -para salvar a Rusia- echarse en brazos del capitalismo" (14).